

## LA VIDA EN LOS OJOS (III): LOS OJOS EN LA MEDICINA<sup>1</sup>

---

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

Aunque el título pudiera sugerirlo, no va a aparecer en este apartado un estudio anatómico del ojo y sus funciones ni una exposición de sus enfermedades y tratamientos, no tanto por lo rudimentario de mis conocimientos de la especialidad, como porque mi intención -a estas alturas del trabajo supongo que conocida- dista sobremanera de tal quehacer. Tampoco, aunque me tienta el tema, voy a extenderme en disquisiciones histórico-médicas relativas a la oftalmología de manera cumplida y profunda, pero sí que esbozaré la preocupación del hombre por sus ojos enfermos en las antiguas civilizaciones, punto de arranque en fin del enorme desarrollo experimentado por esa rama de la Medicina en nuestros días.

En la antigua Mesopotamia ya aparecen conocimientos sobre algunas enfermedades de los ojos e incluso del Código de Hammurabi, que data de 2.000 años antes de nuestra era, se deduce cierta práctica quirúrgica como podemos leer en su artículo 215 "*Si se ha abierto la nube de un ojo de un hombre libre con la lanceta de bronce y ha curado el ojo del hombre, el médico recibirá diez siclos de plata; si es esclavo, dos siclos*". Y sobre el mismo tema, pero con acusado carácter de Ley del Talión, se dice en el 218 "*Si se ha abierto la nube del ojo de un hombre libre con la lanceta de bronce y destruye el ojo del hombre, se le cortarán las manos* y añade en el 220, que si se tratara de un esclavo, "*pagará en plata la mitad de su precio*".

En la medicina egipcia, donde los dioses eran llamados "médicos de los ojos" sobre todo Horus, Mekhenty-Irty y especialmente Amón, que "sana los ojos sin remedios y cura el estrabismo", todos sus conocimientos oftalmológicos están contenidos en los papiros de Ebers (1.500 a. C), Londres (1.350 a.C.) y Carlsberg (1.200 a.C.), que nos indican el gran índice de enfermedades oftalmológicas que existían por las especiales condiciones climáticas del país, sobre todo la oftalmía (*hetae*), tracoma (*nehat*), manchas corneales (*sht*), enfermedades inflamatorias como el orzuelo (*pedeset*), supuraciones (*tfimmrt*), epífora (*kt nt dr acht*) y cataratas, a las que llamaban "el manantial de agua de los ojos". Aparecen asimismo siete médicos especialistas en el Imperio antiguo, uno de ellos, llamado Ni- ankh- Dwaw, el primer oculista conocido de la historia. En Egipto la ceguera era frecuente y sus remedios, ineficaces, por lo que había que recurrir a Meret-Seger, la diosa serpiente de Tebas. A los párpados les llamaban "*la espalda de los ojos*" y a la pupila, *djefet*, que puede ser traducido como *muchacha del ojo*, misma denomi-

---

<sup>1</sup> *Historia Universal de la Medicina*, Salvat Editores, Barcelona, 1.976, t. I, II y III. Castillo de Lucas, A.: *Refranes de Medicina*, Esse, ed., Orense, 1987. Castillo Orugas, A.: *875 refranes médicos*, Madrid, 1995.

nación que la utilizada, aún hoy, entre nosotros, *niña de los ojos* y con el mismo sentido que la griega *kore*, la romana, *pupilla* y la árabe *insan el ain, lo humano del ojo*.

No se tienen conocimientos oftalmológicos entre los caldeos, asirios y antiguos israelitas, pero sí en la India védica, en la que unos dioses, los hermanos Ashvin, eran considerados como “los médicos de quién es ciego”, existiendo algunos conocimientos oftalmológicos en dos de sus libros principales, el *Rigveda* y el *Ayurveda* y en el corpus médico de Sushruta, en el que se cita el tratamiento de la catarata (*linganasa*).

De la antigua China, sólo mencionaremos al médico y ermitaño Suen. Seumiao (581-682), autor de la obra Yin-hai-tsing-wei, *Conocimiento del mar de la plata*, que de acuerdo con la terminología budista, asimila el blanco de los ojos a un océano y que es, sin duda, el tratado de oftalmología más antiguo; aunque es verosímil que Suen no conociese el cristalino ni su opacificación, creemos que entre las opacidades que describe -blancas y negras- está incluida la catarata y su tratamiento quirúrgico mediante batido con la aguja, según la vieja técnica de Sushruta, repetidísimo tema del que también se ocupa la medicina japonesa.

Por la Biblia sabemos los conocimientos sobre los ojos del viejo Israel, especialmente indicados en cuatro de sus cinco primeros libros, Génesis, Éxodo, Levítico y Deuteronomio.

También tenemos noticias de la práctica de la oftalmología en las medicinas precolumbinas. Por citar sólo un ejemplo, en un texto de la azteca, se dice “*Un médico prudente predice por los propios ojos (ixtelotli) y narices del enfermo, si se muere o se salva. Según su probable opinión, los ojos colorados, sin ningún género de duda, tienen significación de vida, los pálidos y blanquecinos, lo son de salud incierta. Son indicios de muerte: cierto color ceniciento y triste en el centro de los ojos, el vértice occipital frío y contraído con cierta depresión, los ojos oscurecidos y sin brillo, la nariz alargada y casi afilada...*”. Un índice de que los aztecas tenían muy desarrollada la capacidad de observación clínica.

En Grecia, tras Hipócrates, va ampliándose cada vez más el conocimiento de las enfermedades de los ojos, a cargo de Herófilo de Calcedonia y Demóstenes de Masilia y ya en la civilización romana, Rufo, Galeno, Sorano de Éfeso, Oribasio y Alejandro de Tralles, siguen haciendo valiosas aportaciones hasta llegar a Celso, el primer descriptor de la catarata (la *hipochisis* griega y la *sufussio* latina), cuya práctica quirúrgica seguirían recomendando siglos más tarde, Fabricio de Aquapendente y Pablo de Egina.

Y así, a vuelapluma, llegamos a la Edad Media, tiempo en el que la práctica de la cirugía oftalmológica quedaría en manos de empíricos y charlatanes y en su aspecto clínico sólo podríamos destacar a Rogelio de Parma y Guido de Chauliac. De esta época he de citar, por anecdótico, el papel que tuvo Pedro de España, el futuro Papa Juan XXI, autor de un libro de higiene ocular titulado *Breviarium aegritudinibus et curis oculorum*.

No sería justo obviar la aportación de la medicina árabe a la oftalmología, cuyos conocimientos inspirados en la tradición helénica, siria y persa insertarían, junto a los nacidos de su propia práctica, en la medicina occidental. En el siglo IX, destacarían Abu Zaid Hunain y su yerno Hubai, en Bagdad y Tabbat ben Quezza, en Mesopotamia; en el X, Halaf at Tuluni *el egipcio* y ya, a partir del XI, el iraquí Alí ben Ysa, el persa Al Yamani, los sirios Halifa Abil Mahasim y Saleh-ad-din y el egipcio Abil Cassin Ammar. En el Califato de Córdoba, hemos de citar, sobre todos, a Muhamad ben Qasum ben Aslan al-Gafiqi, al que hay que distinguir de Ahmed al-Gafiqi, el célebre farmacólogo y, probablemente, su progenitor.

En este punto, he de cortar este apretadísimo esbozo de la historia de la oftalmolo-

gía, aun a sabiendas que omito momentos trascendentales de su evolución e incluso datos curiosos y anecdóticos, pero la estratificación del trabajo así lo aconseja.

El lenguaje popular también abunda en dichos y refranes referidos exclusivamente a la Medicina. *Tener un buen ojo clínico* es uno de los piropos más agradables que puede oír un médico, porque con esta frase se expresa su puntualidad en la observación y por tanto su *facilidad para el diagnóstico*; claro que este ojo clínico no se alcanza por ciencia infusa ni por falsa milagrería, sino que es el resultado de muchas horas de estudio y de práctica.

En cuanto al *diagnóstico general*, resulta una obviedad la afirmación contenida en la frase *a vista de ojos, por el andar se conoce a los cojos*, aunque esta otra, *a cierra ojos, por el oído se conoce a los cojos*, es más sutil, ya que indica que en este caso conocemos al renco por los crujidos articulares, sobre todo de las rodillas, que produce al andar; Algo así le sucedió al rey Pedro I el Cruel en Sevilla... *Lo que no veo con el ojo, con el dedo lo adivino*, es otro preciosismo nacido de la mente popular como explico a continuación: Es sabido que un método fundamental en la exploración tocoginecológica, es el de la palpación interna para el despistaje de afecciones genitales y también para la vigilancia en los primeros momentos del parto; a esto precisamente se refiere este refrán, que recuerda el emblema de los antiguos comadrones y cirujanos - un ojo- que pintaban en la yema del dedo índice o en la palma de las manos.

Ciertos diagnósticos puramente oculares encuentran atinadas descripciones en el lenguaje popular como *tener un ojo a la funerala* para referirse a los hematomas de párpados o conjuntivales mucho más aparatosos que graves en la mayoría de los casos pero cuyo aspecto, más de una vez, hace exclamar al que lo ve, con un *¡mal golpe el del ojo!* o expresar el conocido comentario, *es nada lo del ojo y lo llevaba en la mano*.

Cuando la visión no es perfecta, el vulgo le llama *flaquear el ojo*. *Tener los ojos blandos* se refiere a la fácil presencia de lágrimas, tanto desde el punto de vista real como en el caso de la epífora, presente en algunas afecciones de los ojos particularmente en la rija, como en sentido lato queriendo denotar facilidad para el llanto.

El dicho *Dios da legañas al que no tiene pestañas*, que quiere expresar un cierto desacuerdo con los dones que alguien recibe, parece referirse al *ojo de breque*, el pitarroso y remellado, que podemos contemplar "El primo", uno de los cuadros de la galería de enanos de Velázquez.

El *ojo overo* es aquél en el que destaca más lo blanco de la esclerótica, que el color del iris o *niña*, resultando un aspecto ovoideo, reproducido de la mano de Rafael de Urbino en "El Cardenal Tommaso Inghirami".

Pudieran parecer iguales pero no lo son los llamados *ojos reventones* o *saltones* o *de rana*, figura que en lenguaje médico, se denomina *exoftalmos*, arquetipo de ciertas enfermedades hiperfuncionantes del tiroides, evidenciados en muchos cuadros de Goya, como por ejemplo, en el personaje central de sus "Fusilamientos de la Moncloa" y de "La carga de los mamelucos" y también en algunas pinturas cuando el artista, para lograr transmitir una sensación de sobrenaturalidad, pinta unos ojos de desmesurado tamaño como puede comprobarse en el "Pantocrator" románico del ábside de la iglesia de San Clemente de Tahull en el Pirineo leridano o en una miniatura del Evangelario de Godescalco del siglo VIII, en el que aparece San Juan, atento a la inspiración divina, simbolizada por la figura del águila del Apocalipsis.

Estos dos últimos descritos, por la razón citada no parecen tratarse de una exoftalmía verdadera y casi otro tanto podría decirse de "Saturno devorando a sus hijos", ya que en adultos normales en momentos de ira a causa de una potente descarga adrenalínica, se retrae el músculo elevador liso del párpado produciendo dicha apariencia; sin embargo,

el Prof. Casanovas considera esta representación como un verdadero exoftalmos.

Por otro lado, aparece una *pseudoexoftalmía* cuando existe un aumento del eje antero-posterior del globo ocular, propia de los miopes que puede evidenciarse en algunas Vírgenes de Murillo y quizá también en el retrato de Fernando VII, realizado por Vicente López.

Su antítesis, el *enofthalmos*, que consiste en un hundimiento del ojo en la órbita, es una alteración ocular que confiere una especial inexpresividad al rostro, como podemos observar en "El bufón Calabacillas" de Velázquez. También existe una pseudoenofthalmía llamada *blefarocalacia*, debida a que los párpados superiores, en forma de pantalla, tapan parte del globo ocular.

Con el apelativo de *ojo regañado* nos referimos a aquél que no puede cerrarse por completo, a causa de alguna retracción; su equivalencia clínica, pudiera ser el *ectropión* o inversión hacía fuera del párpado inferior.

De aquél que padece *estrabismo*, con seguridad se dirá que tiene un *ojo bizco* o *turnio* en el sentido literal de torcido o *de bitoque*, denominación esta última, que no alcanzo a entender, si por bitoque entendemos el tarugo de madera con que se cierran los toneles. Pero no toda persona que bizquea, tiene que ser, forzosamente *bisojo* pues puede hacerlo de forma voluntaria y simulada, como escribe Dante refiriéndose al conde Ugolino: "*Cuando hablando así, bizcó los ojos, / y volvió en la cabeza a hincar los dientes, / duros como de can y en sangre rojos*"<sup>2</sup>. El estrabismo, muy frecuente en la pintura, podemos comprobarlo en el "Joven Baco enfermo" de Caravaggio y en el retrato del rey Francisco I de Francia realizado por Jean Clouet pero es mucho más representativo en los autorretratos de algunos pintores, que no tuvieron el menor recato en exponer su defecto, como, entre otros, El Greco, Durero y Cézanne

Llamamos a alguien *tuerto* cuando le falta un ojo en sentido estricto, o sea, médicamente hablando, cuando sufre una ceguera completa monocular. Y hablando de tuertos, muchas veces su minusvalía se ha debido a un traumatismo, a *saltarle el ojo*, incluso más, a *sacarle el ojo*, aunque lo más corriente en este caso siempre ha sido sacarles los dos. Eso hicieron los filisteos a Sansón por lo que el héroe clamaba venganza: "*...restitúyeme ahora ¡oh Dios mío! mi anterior fuerza para vengarme de mis enemigos y hacerles pagar, de una vez, el haberme privado de mis dos ojos*"<sup>3</sup> o Nabucodonosor, rey de Babilonia a Sedecías, rey de Israel: *E hizo matar a los hijos de Sedecías a la presencia de éste y después, sacarle los ojos y atado de cadenas, lo llevó consigo a Babilonia*"<sup>4</sup>. Sacar los ojos, significa *maldición* en los Proverbios: "*A quién hace mofa de su propio padre y desprecia los dolores que, al parirle, padeció su madre, sáquenle los ojos los cuervos que viven a lo largo de los torrentes y cómanselos los aguiluchos*"<sup>5</sup>; *consejo heroico* en Mateo: *Y si tu ojo es para ti ocasión de escándalo, sácalo y tíralo lejos de ti; mejor te es entrar en la vida eterna con un solo ojo que tener los dos y ser arrojado al fuego el infierno*"<sup>6</sup>; en el "Mío Cid", *condena*: "*E aquél que gela diesse/ sopiesse vera palabra/ quem perderie los averes/ e más los ojos de la cara*"<sup>7</sup>; *amenaza*, en el Arcipreste de Hita: "*Preguntaron al bellaco/ cuál fuera su antojo; diz: díxome que con su dedo/ me quebrantaría el ojo*", respondida por otra similar: "*...que yo le quebrantaría/ ante todas las gentes/ con dos dedos los ojos/ con el*

<sup>2</sup> Dante A.: *Op. cit.*, "Infierno", Canto XXIII, p. 246.

<sup>3</sup> *Jue XVI*, 28.

<sup>4</sup> *Re(IV) XXV*, 7 y *Jer XXXIX*, 6-7.

<sup>5</sup> *Prov XXX*, 17.

<sup>6</sup> *Mat XVIII*, 9 y *Mr IX*, 46.

<sup>7</sup> *Poema del Mío Cid*, Cantar primero, p. 5.

*pulgar los dientes..*"<sup>8</sup> y horror, en Blas de Otero: "Alzo la mano y tú me la cercenas./ Abro los ojos: me los sajas vivos./ Sed tengo y sal se vuelven tus arenas./ Esto es ser hombre: horror a manos llenas"<sup>9</sup>.

Existen muchos personajes tuertos a lo largo de la historia, sin que este defecto influyera en exceso en sus vidas, demostrando con ello que la monoftalmía no está reñida con el genio ni quiera con la belleza femenina, como demuestra el retrato de D<sup>a</sup> Ana de Mendoza y de la Cerda, Princesa de Éboli, tan conocida por los historiadores por sus relaciones con Felipe II y su secretario, Antonio Pérez, que a la postre, le valdrían su cárcel y destierro. O Jacoba de Bueil, condesa de Moret, amante de Enrique IV de Francia. O Catalina Henriqueta Bellier, la conocida Madame de Beauvais, primera amante de Luis XIV, cuando éste contaba quince años y ella le triplicaba la edad. O la poetisa Georgina Spencer, duquesa de Devonshire, que tapaba su ojo ciego con un gracioso rizo de pelo, a la que inmortalizó Reynolds pintada de perfil.

Hemos citado, hace un momento, el término *saltar el ojo* por causa traumática y la lista de tuertos célebres en acción de guerra, es extensa. Tuerto fue Filipo de Macedonia, padre de Alejandro Magno, que perdió el ojo en el sitio de Metona cuando Aster, célebre arquero despechado, le envió una flecha con una dedicatoria que decía: "Para el ojo derecho de Filipo"; el monarca le devolvió la flecha con otro mensaje: "Si Filipo toma la ciudad, Aster será colgado", amenaza que por supuesto quedaría cumplida. También perdieron un ojo en combate Anibal, Sertorio, el vencedor de Pompeyo, Wenceslao III de Bohemia, asesinado a los diecisiete años, Cristian IV de Dinamarca, el marino español Blas de Lezo, sin pierna izquierda además, desde que era guardiamarina, el gran Nelson, tuerto en el sitio de Calvi, y Moshe Dayan, héroe nacional y "halcón" del Israel contemporáneo, pero, sobre todos ellos, hemos de destacar a Josías de Rantzau, Mariscal de Francia, herido hasta 66 veces en combate, que cuando fue a la tumba, le faltaban un ojo, una oreja, un brazo y una pierna.

Mención aparte entre estos monoftálmicos guerreros, merece Luis Vaz de Camoens, hombre de vida azarosa e intensa y sin embargo, máxima figura de la literatura portuguesa. A pesar de ser tuerto, supo ver en los ojos de la mujer, la morada del amor, como canta en uno de sus madrigales: *Olhos en que estão mil flores,/ e con tanta graça olhais,/ que parece que os Amores,/ moran onde vós morais* y, otras veces, manifiesta su complejo de tuerto y su poco éxito en sus amores: *Ojos, herido me habéis,/ acabad ya de matarme;/ más, muerto, volvé a mirarme,/ porque me resucitéis./ Pues me diste tal herida/ con gana de darme muerte,/ el morir me es dulce suerte,/ pues con morir me dais vida./ Ojos ¿qué os detenéis?/ Acabad ya de matarme,/ más, muerto, volvé a mirarme,/ porque me resucitéis./ La llaga, cierto, ya es mía,/ aunque, ojos, vos no queráis;/ más si la muerte me dais,/ el morir es alegría. Y así digo que acabéis,/ oh ojos, ya de matarme,/ más muerto volvé a mirarme,/ porque me resucitéis*<sup>10</sup>.

Pero no sólo hay tuertos célebres por heridas de guerra. Por otras causas traumáticas, podríamos citar a Licurgo, hijo del rey de Lacedemonia y gran legislador griego, que perdió un ojo a causa de un bastonazo; Nicolás Jacobo Conté, tuerto a causa de una explosión de hidrógeno ocurrida en uno de sus experimentos y Marconi, el gran inventor, que perdió su ojo derecho en un accidente de automóvil. Por accidentes de caza

<sup>8</sup> Arcipreste de Hita: "Libro del buen amor", en *Romancero*, Biblioteca de plata de los clásicos españoles, Círculo de Lectores, 9, pp. 172-173.

<sup>9</sup> Blas de Otero: "Hombre", en *La poesía española. Antología comentada*, Círculo de Lectores, t.III, p. 620.

<sup>10</sup> Camoens, L.: "Ojos, herido me habéis", en *La poesía española. Antología comentada*, t.I p.553.

debemos citar, por ilustrativos, los casos de Andrés Massena y del barón Alfonso de Rothschild. El primero, duque de Rívoli y Príncipe de Essling, fue alcanzado en un ojo por un perdigón escapado de la escopeta del mismísimo Napoleón lo que, acaso, influyera en su posterior ascenso a Mariscal de Francia. El segundo, tuerto por la misma circunstancia, dejaría en su testamento fondos destinados a la construcción de un gran hospital dedicado exclusivamente a las enfermedades de los ojos, germen de la gran "Institución Rothschild" de París, importante centro asistencial y de investigación.

Es evidente que todos estos personajes citados y muchos otros que soslayo, se podrían consolar con las frases algo daría el ciego, *siquiera por ser tuerto o en el país de los ciegos, el tuerto es rey*.

*Cegar los ojos* puede ser un término similar al último citado, *sacar los ojos*, pero también puede entrañar un sentido figurado, como en esta sentencia del Eclesiástico: *Los regalos o las dádivas ciegan los ojos de los jueces y les cierran la boca para no corregir sus males*<sup>11</sup> o en el pasaje de la conversión de San Pablo "*Levantóse Saulo de la tierra y, aunque tenía abiertos los ojos, no veía*"<sup>12</sup>.

También existen sentencias sobre las enfermedades de los ojos relativas a la *clínica* como *todo pica para sanar menos los ojos, que pican para enfermar*, media verdad solamente, ya que el prurito ocular no es síntoma obligado en todas las oftalmopatías como todos sabemos. Otra, *ñublo un ojo, por dos vale el otro*, parece querer indicar que cuando se tiene un solo ojo, éste cumplirá la función de los dos o "vicariante", como decimos quizá impropia en Medicina o, más claro, tendría una función compensadora cosa que no puede ser así porque si bien los órganos pares, pulmón, riñón, etc. sí que la tienen, no ocurre así con los ojos en lo que se refiere al campo visual por ejemplo.

En el Arte, tal vez sea Modigliani el más conspicuo representante de los ojos ñublos, como podemos ver en sus retratos de mujeres de cuerpos lisos y miradas perdidas, como pueden ser los de Guitta y Hanka Zborowska. Por otro lado, el término "ñublo", desusado y sinónimo de "nublo" o "nublado", también se puede utilizar en un sentido figurado por supuesto refiriéndose a los dos, como da a entender el siguiente fragmento de un poema de Francisco de la Torre: "*..mostrarían tus ojos añublados/ con las cerradas nieblas/ que levantó la muerte y las tinieblas*"<sup>13</sup>.

Todos sabemos que *es preferible prevenir que curar*, sentencia esta muy antigua aunque, hodierno muchos piensan que la profilaxis es una invención más del "estado del bienestar". Y eso lo conoce el vulgo, que valorando esa frase de intención preventiva popularizada en los medios de comunicación que decía "dos ojos para toda una vida", sabe del cuidado que hay que tener con ellos evitando restregarlos, comprimirlos, traumatizarlos, en fin, y así, dictamina: *Quién quiera el ojo sano, átese la mano e incluso amplía: Al ojo, límpiale con el codo y no del todo* y llegando a un desmesurado intento de prevención, asegura que *ojos malos, a los que miran pegan su malatía*, pudiéndose tomar esta frase con el ambivalente significado de evitar la cercanía con quien porte alguna enfermedad infecciosa, de los ojos o de otro tipo o dar a entender la influencia nociva de la mirada, como antes veíamos al tratar del "mal de ojo", misma intención que también puede poseer este aforismo: *El ojo malo todo lo ve dañado*.

En cuanto al *tratamiento*, el término *punzar el ojo* no se refiere a ningún proceder quirúrgico, aunque a veces de eso se trata la intervención, sino a una figura retórica de

<sup>11</sup> *Eclo XX, 31.*

<sup>12</sup> *He IX, 8.*

<sup>13</sup> De la Torre, F.: "Tórtola solitaria, que llorando..", En *Antología comentada*, t. I, p. 505.

mayor calado, como se puede desprender del siguiente pensamiento: “*el que punza el ojo, hace salir lágrimas y quién punza el corazón, hace salir defectos*”<sup>14</sup>. Por otra parte, respecto a las lágrimas, existe un proverbio de la Escuela médica de Salerno que asegura que *las lágrimas limpian los ojos*.

También las gafas forman parte del arsenal terapéutico de los oftalmólogos ya que dice el sentir popular, *pocos habrá sin anteojos que no enfermen de los ojos* y también *si no veo por los ojos, veo por los anteojos*, denominación esta sancionada desde el siglo XVII con el término más abreviado de “anteojos”, como reza el título de la primera obra referida a su utilización, *Uso de los anteojos*, cuyo autor fue el cordobés Daza de Valdés. Es, sin duda, Quevedo el personaje con gafas más famoso en la historia del Arte, hasta el punto de haber dado su nombre, “quevedos” a un tipo de gafa especial, la misma que nos ofrece en su autorretrato Lucas Jordan y parecida a la que el Greco coloca al cardenal Fernando Niño de Guevara.

A propósito de los anteojos, he encontrado un inmisericorde poema de Lope de Vega, en cuyos primeros versos le dice al mismísimo Cervantes: “*También cegato por si le faltara/ algo a tu manquedad, a tu pobreza,/ a tu vejez sin gloria, a tu cabeza/ -melancólica plata- donde daba/ el sol últimas luces, ¡Los anteojos/ de Cervantes, ridículos, tal huevos/ estrellados mal hechos! ¡Que renuevos/ por el llanto, al sufrirlo, por los ojos!*”

Finalmente, para terminar este apartado de terminología médica popular, voy a referirme a un refrán, no propiamente médico, pero con evidente relación con las ciencias de la salud, como ahora se les llama, que muchos hemos oído y quizá pronunciado. *Venir como pedrada en ojo de boticario* a todos nos sugiere un sentido de *oportunidad* aunque, realmente, no es fácil entender que esta oportunidad tenga que ser a expensas de la integridad física de tan digno profesional; su explicación es ésta: Antiguamente existía en las farmacias un pequeño estante de forma ovalada llamado *cordialada*, vulgarmente “ojo de boticario”, donde se custodiaban los medicamentos más estimados por su acción o por su precio (tener en cuenta que “cordialada” deriva de “cordial”, medicamento en forma de elixir o jarabe, que se utilizaba como remedio de padecimientos del corazón). Es por eso que el “ojo de boticario” fuera el estante más preciado para el profesional, sabedor de su importancia; no nos extrañará ahora que la pedrada a la que se refiere el dicho, estuviera dirigida a este receptáculo.

Mención aparte merece el tema de la *ceguera* que vamos a abordar únicamente desde el punto de vista antropológico como viene siendo toda la exposición. En la antigüedad pagana, los ciegos como otras personas especialmente discapacitadas, eran discriminados y muchas veces zaheridos. Recordemos por ejemplo como en el antiguo Israel no se les permitía siquiera hacer ofrendas. El advenimiento del cristianismo rescató del mal trato y del desprecio a los oprimidos, pobres y enfermos como predicara Cristo y exigiera desde el segundo mandamiento del Decálogo. No obstante, a lo largo de muchos siglos, los ciegos siguieron confinados a especiales menesteres subalternos, destacando en la Edad Media como cancioneros, declamadores y juglares aunque ya comenzaba la sociedad a interesarse por su atención, apareciendo en el Siglo XII el primer hospital de ciegos en Suabia y cien años más tarde, uno en París, fundado por San Luis rey de Francia, donde se recogían a los que habían perdido la vista en las Cruzadas. Posteriormente, además de lograr su completa integración en la sociedad, poco a poco, merced a los adelantos técnicos y científicos logrados con el correr de los

<sup>14</sup> *Eclo XXII, 24.*

años, podrían a veces, incluso recuperar la visión y siempre estar atendidos en su desgracia.

A lo largo de la historia, naturalmente hubo ciegos de nacimiento o a consecuencia de enfermedades y traumatismos como aún sucede hoy día. Pero, poco más arriba lo hemos visto, hubo muchos seres humanos que perdieron la vista a causa de castigos y venganzas y otros, víctimas de la llamada “pena de ceguera” impuesta por crueles dicámenes legales. Así, en Grecia se imponía este castigo a los adúlteros y sacrílegos y en los pueblos germánicos a los perjuros, traidores y monederos falsos. En Bizancio era una forma de desembarazarse de enemigos o rivales en prebendas, acompañándose a veces de la castración. Bajo el Imperio romano entre otras muchas atrocidades perpetradas contra los primeros cristianos, sacarles los ojos era un castigo habitual como sucediera por ejemplo con los tres santos cordobeses Fausto, Juan y Marcial. En España, el Fuero Juzgo la aplicaba a los rebeldes y a los reos de alta traición si les era perdonada la vida e igualmente a los padres causantes de filicidio.

En la mitología griega existe un dios, Eros (el latino Cupido o Amor), que fue concebido ciego como poetiza Góngora refiriéndose a la belleza de Tisbe: *Ésta, pues, desde el glorioso/ umbral de su primer lustro,/ niña la estimó el Amor/ de los ojos que no tuvo.*<sup>15</sup> Pero además, podemos encontrar muchos ejemplos de cegueras producidas por castigo de los dioses: el propio Zeus privaría de la visión a Belerofonte -el héroe vencedor de la terrible Quimera- por osar creerse una divinidad y a Plutón, un semidiós, por no repartir equitativamente la riqueza que le estaba encomendada y a Licurgo, rey mítico de Tracia, porque en las fiestas dedicadas al padre de los dioses persiguió a las bacantes que en ellas tomaban parte. Poseidón cegó a Epito, rey de Arcadia, tras entrar de forma irreverente en un templo del dios. Afrodita hizo lo mismo con Erimanto, hijo de Apolo, por haberla sorprendido en el baño en brazos de Adonis e incluso Atenea privó de la vista a Tiresias, que la había visto desnuda aunque arrepentida después, le concedió el don de la adivinación. Las Musas por su parte, hicieron lo propio con Tamiris, célebre músico, por desafiarlas a un certamen de canto y la ninfa Cloe hizo pagar a Dafnis su infidelidad con la ceguera.

En otros casos ni son los dioses los productores ni la pérdida de la vista es ocasionada de forma “milagrosa”, sino cruenta, literalmente sacando los ojos. Eso hizo consigo mismo Edipo, al enterarse por el Oráculo que había matado a su padre y cometido incesto con su madre Yocasta; y lo mismo mandó Eolo hacer con Melanipe, su propia hija, por haberse desposado con Poseidón; y Hécuba dejó ciego a Polimnéstor por haber matado a su hijo Polidoro; y los Dióscuros Cástor y Pólux al poeta Estesícoro, autor de unos versos despectivos sobre su hermana Helena aunque a la postre recuperara la vista al retractarse en su *Palinodia* de las ofensas inferidas; y otros hermanos, los Boréadas, harían lo mismo con su cuñado Fineo, rey de Tracia, por haber arrancado los ojos a sus propias hijas; y, como vimos antes, eso mismo hizo Ulises con el cíclope Polifemo cuya nostalgia por el ojo perdido así supone Jiménez Martos, describiendo la cabeza de Góngora: *“Danzan por esa frente los pastores,/ pudo allí Polifemo sentarse a imaginar/ el ojo de la ausencia.”*<sup>16</sup>

A lo largo de la Biblia existen muchas referencias a la ceguera y a su curación siempre milagrosa. Exceptuando la “ceguera del alma”, la que más se repite naturalmente a lo largo de todos sus Libros, podemos ver la causa de la pérdida de visión de

<sup>15</sup> Góngora, Luis de: “Fábula de Píramo y Tisbe” en *La poesía española. Antología comentada*, t.I, p.113.

<sup>16</sup> Jiménez Martos, L.: “La cabeza de Góngora”, *Celebraciones*, Los cuadernos de Sandua, Córdoba, 1998, p. 11.

Tobías: “..Y estando durmiendo le cayó, de un nido de golondrinas, estiércol caliente sobre los ojos, que le cegaron”<sup>17</sup> y la forma de curación que propone nuestro Custodio al hijo, utilizando la hiel del pez, que finalmente, causa el efecto deseado “Entonces Tobías, tomando de la hiel del pez, ungió los ojos de su padre,/ el cual estuvo así esperando casi media hora, cuando he aquí que empezó a desprenderse de sus ojos una nube o piel blanca, semejante a la telilla de un huevo/ y asiendo de ella Tobías, se la sacó de los ojos y, al punto, recobró la vista”<sup>18</sup>. Otra curación milagrosa es la efectuada sobre sí mismo, en esta ocasión con miel, por Josías, hijo del rey Saúl, que perdió la visión por el desfalleciendo sufrido a causa del juramento hecho por su padre, prometiendo que nadie comería nada hasta su victoria sobre los filisteos: “.. largó la punta del bastón que tenía en la mano y mojóla en un panal de miel y aplicóla a su boca, con lo que recobró el vigor de sus ojos”<sup>19</sup>. Ananías, un discípulo de Jesús, recibió la orden del cielo de ir a Damasco a curar a Saulo de Tarso de la repentina ceguera causada tras la caída del caballo cuando tuvo la revelación divina, sanándolo por imposición de manos: “Al momento cayeron de sus ojos unas como escamas y recobró la vista; y levantándose, fue bautizado”<sup>20</sup>.

Más conocidos son los milagros de Jesucristo sobre los ciegos por imposición de manos, uno múltiple relatado por Mateo: “Entonces les tocó los ojos diciendo: según vuestra fe, así os sea hecho./ Y se les abrieron los ojos”<sup>21</sup> y otro, que aparece en el Evangelio de Juan, a lo largo del todo el capítulo IX, en el que, no sólo da cuenta del prodigio sino de la reacción encontrada entre los que creían en Él y sus eternos fustigadores, los fariseos; en cuanto al momento de la curación, el Evangelista escribe: “Así que hubo dicho esto, escupió en tierra y formó lodo con la saliva y aplicólo sobre los ojos del ciego/ y díjole: Anda y lávate en la piscina de Siloé. Fuése, pues, y lavóse allí y volvió con vista”<sup>22</sup>.

Existen muchos ciegos ilustres a lo largo de la historia. En la antigua Grecia nos encontramos al mismísimo Homero, cuyo nombre significa etimológicamente “el que no ve” (*o, el, me, no; órao* -pp del verbo *óron-* ver), errabundo ciego que, de ciudad en ciudad, cantaba sus versos acompañándose de la lira; y a Demócrito de Abdera, que perdió la vista dicen que voluntariamente, para huir de las cosas atractivas de la vida y así poder concentrarse más en sus cavilaciones filosóficas.

En Roma, merece ser citado Cecilio Metelo el que fuera cónsul, general vencedor de Asdrúbal en Panormia y después Pontífice máximo y dictador, que quedó ciego en el incendio del templo de Vesta al querer salvar de las llamas el Paladion, por lo que se le dedicó una estatua en el Capitolio.

Fueron ciegos Miguel Ángel, Degas y Gauguin. El primero se hacía conducir junto al Torso del Belvedere para gozar de su belleza mediante el tacto. Degas, el detallista de la primera época, terminó pintando sus bailarinas a base de burdos manchones y hubo de cambiar luego, de los pinceles al modelado. Gauguin pasó los últimos años de su vida, como es sabido, en una de las islas de los mares del Sur, pintando en las paredes de su cabaña figuras desnudas de una angustia impresionante. Los meses finales de su vida, ciego por la lepra, los pasó dirigiendo inútilmente sus ojos a su obra maestra que

<sup>17</sup> To II, 11.

<sup>18</sup> To VI, 9- XI, 8- X,13-15.

<sup>19</sup> Re(I) XIV, 27.

<sup>20</sup> He IX, 18.

<sup>21</sup> Mt IX, 29-30.

<sup>22</sup> Jn IX, 6-41- XI, 21, 37.

ya nadie más contemplaría, pues Ata, la nativa que le acompañó hasta el último momento, incendió la cabaña cumpliendo la voluntad del pintor.

Otros ciegos famosos fueron Galileo y el poeta inglés Milton y podríamos citar, en épocas más modernas, una legión de invidentes que destacaron en las ciencias, como el matemático Saunderson y el ingeniero de caminos Metcay, ambos ingleses; en la enseñanza, el profesor alemán Knie; en la teología, el escocés Blacklock, incluso en la escultura, como Vidal y el tirolés Kleinhaus; ciegos ilustres, precisamente en la dedicación a los que sufrían su misma incapacidad, fueron, sobre todo, Luis Braille y Weisseburg. En la dedicación a la música, muy frecuente entre estos incapacitados, resalta la compositora Paradis, de Viena y en España, entre otros muchos famosos, Cabezón, virtuoso del órgano, el pianista Fernández Abas, el violinista Farfán y el guitarrista Jiménez Manjón.

Todo el mundo conoce, sobre todo los oftalmólogos, que su patrona es Santa Lucía de Siracusa, mártir en la dominación romana, a la que le fueron sacados los ojos, representándola portando una bandeja en la que están depositados aquellos. Pero pocos saben, que dicho símbolo no corresponde a esta santa, sino a la beata Lucía la Casta, terciaria dominica nacida en Francia, venida a España acompañando a San Francisco Ferrer y fallecida de muerte natural a mediados del siglo XV, cuya pérdida de visión no por desgarradora, menos edificante, fue debida a que, advirtiéndole que un joven la seguía a todas partes porque estaba prendado de sus ojos, se los arrancó y los envió al galán. Es venerada en Jerez de la Frontera.

Se que mi exposición en esta parte del trabajo no es completa ya que debería haber tratado otros aspectos, relacionados con el arte –además de los mencionados en cuanto a la patología del ojo- pero prometo que irán apareciendo en sucesivos capítulos.